

DESPERTAR EN EL CIELO

PRÓLOGO DE LAURA SCHROFF



*Un viaje al cielo
cargado de esperanza*

CRYSTAL MCVEA
y ALEX TRESNIOWSKI

zenith

CRYSTAL McVEA
Y ALEX TRESNIOWSKI

Despertar en el cielo

Un viaje al cielo cargado de esperanza

Zenith/Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Waking up in Heaven*, de Crystal McVea y Alex Tresniowski

Diseño de la cubierta: Bruce Gore y Neil Jamieson

Fotografía de la cubierta: Istockphoto

Fotografía de Crystal McVea: © Splendor Photography

Fotografía de Alex Tresniowski: © Lorraine Stundis

Primera edición: marzo de 2014

© Crystal McVea y Alex Tresniowski, 2013

Todos los derechos reservados. Publicado de acuerdo con el editor original, Howard Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción, Manuel Mata Álvarez-Santullano, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-12306-4

Fotocomposición: gama, s. l.

Depósito legal: B-2.193-2014

Impresión y encuadernación: Black Print CPI (Barcelona)

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	19
Capítulo 1.....	27
<i>La luminosidad</i>	33
Capítulo 2.....	38
Capítulo 3.....	51
Capítulo 4.....	58
<i>Los ángeles</i>	65
Capítulo 5.....	68
Capítulo 6.....	81
Capítulo 7.....	99
Capítulo 8.....	112
<i>En presencia de Dios</i>	130
Capítulo 9.....	134
Capítulo 10.....	143
Capítulo 11.....	161
Capítulo 12.....	184
<i>La pregunta</i>	205
Capítulo 13.....	209
<i>La niña</i>	221

Capítulo 14	227
Capítulo 15	230
Capítulo 16	247
Capítulo 17	264
Capítulo 18	288
Capítulo 19	308
<i>Agradecimientos</i>	317
<i>Guía de lectura</i>	321
<i>Preguntas para el debate</i>	323
<i>Actividades adicionales</i>	327
<i>Preguntas para Crystal McVea</i>	329

CAPÍTULO 1



Todo empezó por un ataque de pánico.

Había sufrido otros en el pasado y sabía lo que sucedía cuando me sentía como si mis pulmones dejaran de funcionar de repente. Pero el que padecí en diciembre de 2009 fue peor. Empecé a jadear y atragantarme mientras pugnaba por inhalar un poco de aire, pero fui incapaz de hacerlo durante al menos un minuto. Y cuanto más se prolongaba la imposibilidad de respirar, más se acrecentaba el pánico, lo que provocaba a su vez que respirar me resultara más y más complicado. Posteriormente, los ataques comenzaron a repetirse con mayor regularidad y en un par de ocasiones fueron tan graves que tuvieron que llevarme de urgencias al hospital para administrarme oxígeno.

Fui a ver a mi médico, quien me derivó a un especialista en medicina interna de otro pueblo, situado también en las polvorientas llanuras del suroeste de Oklahoma. Por entonces contaba treinta y tres años y disfrutaba de buen estado de salud, aunque en los últimos tiempos me había sentido un poco estresada. Dicho especialista me hizo una radiografía de tórax y me dio un inhalador, pero los ataques continuaron. El siguiente paso fue prac-

ticarme una endoscopia (es decir, meterme por la garganta un tubo en cuyo extremo hay una pequeña cámara para examinar mi esófago y mi estómago). Después de eso me hicieron una ERCP (siglas en inglés de Colangiopancreatografía Retrógrada Endoscópica), una prueba más seria con la que te examinan los conductos biliares y el páncreas.

Así fue como encontró una especie de obstrucción en uno de los conductos que comunica el páncreas y el hígado, por lo que decidió colocar una endoprótesis vascular —un pequeño dispositivo metálico expandible— para solucionarla. No tenía nada que ver con mis problemas respiratorios; sin embargo, dado que se trataba de un procedimiento sencillo, decidió realizarlo.

Pero al despertar de la ERCP sentí un dolor espantoso.

Era una agonía punzante, constante e insoportable, hasta tal extremo que me impedía incluso moverme. Los médicos, tras realizar un par de pruebas rápidas, determinaron que sufría una pancreatitis, una inflamación del páncreas provocada por la colocación de la endoprótesis vascular. Al parecer, no era una circunstancia demasiado infrecuente. Siempre que se toca ese órgano o la vesícula biliar se corre el riesgo de provocar una pancreatitis. Es extremadamente dolorosa y el único modo de tratarla es hidratar al paciente y administrarle fuertes dosis de calmantes.

El médico me dijo que debería permanecer unos días en el hospital y yo, como estaba más que harta de hospitales —acababa de pasar diez semanas en uno, que fueron las más largas y duras de mi vida—, le dije que no, gracias, que prefería solicitar el alta. Los fármacos que

me habían administrado funcionaban tan bien que creí que esa decisión no entrañaba ningún peligro. Y, además, por decirlo lisa y llanamente, siempre he sido una cabezota. Así que, en contra del criterio facultativo, firmé el alta voluntaria.

Aquella misma noche me despertó un dolor espantoso y, al amanecer, volvía a estar en urgencias.

Los médicos me conectaron a un gotero de suero salino IV para mantenerme hidratada y trajeron un sistema ACP (Analgesia Controlada por el Paciente) que, como indican sus siglas, podía manejar yo misma. Me suministraban Dilaudid, un calmante muy potente: cuando el dolor se volvía insoportable, bastaba con que pulsara un botón para que el sistema me proporcionara una dosis, aunque el número de dosis a la hora estaba limitado.

Durante aquel primer día en el hospital, mi malestar fue aumentando más y más. Vomitaba constantemente y me sentía como si estuviese a cuarenta de fiebre. Mi madre, Connie, que estaba conmigo, enjugaba pacientemente las perlas de sudor que se formaban sobre mi frente y me embadurnaba las piernas con mi crema favorita, Noel Vanilla Bean. No obstante, el dolor no hacía más que incrementarse. Los médicos insistían en que no había que alarmarse, que lo que sentía era normal.

Al llegar la tarde estaba realmente atontada. Recuerdo que, en un momento dado, abrí los ojos y vi a mi madre sentada en una silla al pie de la cama, viendo el programa «The Bonnie Hunt Show» en la televisión, que a ambas nos encantaba, y de repente le pregunté:

—¿En qué año estamos?

—¿Tú en cuál crees que estamos?

—1984.

Mi madre se echó a reír.

—Bueno, cielo, yo estoy en 2009, así que será mejor que vuelvas.

Entonces le dije:

—Te quiero, mami.

Y ella respondió:

—Y yo a ti.

Ella siguió viendo la televisión, y yo cerré los ojos para descansar. Nada más hacerlo, comenzó a invadirme una increíble pesadez, como si estuviera hundiéndome poco a poco en la almohada. Sentí que el dolor desaparecía y mi mente se sumergía en un sueño sin fondo.



Desde su silla, mi madre me tocó la pierna y notó que se enfriaba. Me cubrió los pies con la manta y, cuando se levantó para hacer lo propio en los brazos y hombros, vio que estaba temblando y me oyó exhalar un profundo e inusual ronquido.

Levantó la mirada hacia mi rostro y vio que tenía los labios azules.

Como tenía nociones de primeros auxilios, lo primero que hizo fue acercarme la oreja a los labios para ver si captaba mi respiración. Al no hacerlo, me puso un dedo en la carótida y buscó el pulso. También en vano. Entonces gritó:

—¡Que venga una enfermera!

De inmediato trató de bajar la cama para hacerme respiración boca a boca. Acto seguido, entró una enfermera

y comenzó a realizarme un firme masaje en el esternón con los nudillos, al tiempo que preguntaba:

—Crystal, ¿estás bien? ¿Puedes oírme?

Pero mi cara también estaba tiñéndose de azul, un azul tan oscuro que parecía casi negro. El ronquido que había oído mi madre no era tal: era mi último aliento.

—¿Puedes oírme, Crystal? —seguía preguntando la enfermera—. ¿Estás bien?

Finalmente, mi madre estalló:

—¡Basta, por el amor de Dios! —gritó—. No respira y no tiene pulso. ¡Se está muriendo!

En ese momento entró precipitadamente una enfermera de mayor rango y, al ver el color de mi cara, se quedó paralizada. Luego llegó una auxiliar, a la que casi se le cae el portapapeles que llevaba en las manos.

—Dios mío, ¿qué sucede? —exclamó.

—Hay que declarar un Código Azul, pero tiene que ser ella la que lo haga —dijo agitada una de las enfermeras señalando a la de mayor rango, que seguía paralizada.

—¡Declara el código! —le gritó la auxiliar—. ¡Declara el código, ya!

Y la enfermera declaró finalmente el Código Azul, el máximo nivel de emergencia hospitalaria. En unos segundos, alguien llegó corriendo con un carrito de reanimación, seguido por alguien más con una bolsa Ambu® (que se utiliza para bombear manualmente oxígeno a los pulmones). A continuación entró un médico y después otro, un sacerdote y un trabajador social. Más de diez personas se apelotonaron alrededor de mi cuerpo en aquel cuartito.

Una de ellas me arrancó de un tirón el camisón de hospital. Otra me dio un golpe en el pecho. Seguía sin respi-

rar y sin pulso. Una enfermera me puso una mascarilla y empezó a estrujar la bolsa Ambu®. Hubo un incesante entrar y salir de personal. Otros pacientes se congregaron junto a la puerta tratando de averiguar lo que pasaba; y en medio de toda aquella conmoción, mi madre me repetía lo mismo una vez tras otra:

—¡Por favor, no te vayas, Crystal! —rogaba—. ¡Quédate con nosotros, por favor!

Pero yo no la oía. No sentía la mascarilla que me habían puesto ni los golpes que me daban sobre el pecho. Tampoco había visto irrumpir en mi habitación a los médicos, las enfermeras ni al resto del personal, ni siquiera había llegado a oír el frenético grito de «¡Código Azul!».

No recuerdo nada de lo que pasó allí después de que le dijese a mi madre que la quería, cerrase los ojos y perdiese el conocimiento.

Lo siguiente que recuerdo es que desperté en el cielo, con Dios.

LA LUMINOSIDAD



El momento en que cerré los ojos en la Tierra fue el mismo en que los abrí en el cielo. Sucedió en el mismo instante, tal como pasa con todas las cosas en el cielo. Allí todo ocurre a la vez.

Cuando hablo de ello ahora lo explico como una secuencia, porque nosotros sólo podemos comprender las cosas de una en una. Sucede algo, y luego otra cosa. Pero en realidad no fue así: todo transcurrió a la vez, insisto... pero sin ningún sentido de precipitación o urgencia. En cierto modo, ni siquiera «transcurrió»: mi percepción de ello fue instantánea, como si todo perteneciese a un saber ancestral que siempre hubiera formado parte de mí. No fue como si experimentase algo durante un minuto y luego otra cosa durante dos minutos. En el cielo no existen los minutos, las horas ni los días; no existe lo que nosotros llamamos «tiempo».

¿Se desarrollan los acontecimientos de manera distinta en el cielo? ¿O lo distinto es sólo nuestra manera de percibirlos? No lo sé. Pero allí todo pareció suceder en un mero parpadeo.



En el mismo instante en que salí de mi profundo sueño supe que ya no tenía un cuerpo físico. Lo había dejado atrás y me hallaba en forma espiritual. No es que la viese, es que simplemente era consciente de ello, del mismo modo que uno sabe que tiene diez dedos en los pies sin tener la necesidad de comprobar que los tiene. Mi forma espiritual no era una forma, tal como nosotros comprendemos el término, con límites y volúmenes definidos, pero era —con toda certeza— forma y también presencia.

Y a pesar de no tener un cuerpo físico, supe que seguía siendo «yo». La misma que había existido en la Tierra y la misma que acababa de decirle a su madre que la amaba justo antes de morir.

Al contrario que en la Tierra, donde vivía atormentada por dudas y temores, en el cielo no había otra cosa que una certeza total sobre mi identidad. Aquélla era una representación de mi espíritu y mi corazón mucho más completa de lo que habría sido posible en la Tierra, una noción de mí misma mucho más profunda que la colección de esperanzas, miedos, sueños y cicatrices que me habían definido en vida. Me invadió un profundo conocimiento de mí misma, y toda la basura que asfixiaba mi identidad en la Tierra desapareció al instante para dejar al descubierto, por primera vez, a la auténtica yo. «Antes de que te formase en el vientre te conocí», dice Dios en Jeremías 1,5. Y en esos momentos yo me conocía a mí misma.

Imagínatelo: la primera persona a la que conoces en el cielo eres tú mismo.



Lo que más me cuesta es encontrar las palabras para describir en su totalidad lo que experimenté en el cielo, porque los sentidos que transmite el léxico humano se quedan cortos. Jugueteo con palabras como «hermoso», «brillante» y «asombroso», pero resultan totalmente inadecuadas. Lo que viví en el cielo fue tan real, tan lúcido, tan absolutamente intenso que, en comparación, mis experiencias terrenales resultan nebulosas y desenfocadas. Es como si el cielo fuese la realidad y la vida, tal como la conocemos, un mero sueño. Todo lo que describo era tan grande y sobrecogedor como parece, sólo que mucho, muchísimo más.

Además, cuando salí de mi sueño y me di cuenta de que mi forma era espiritual, me encontré envuelta en lo que llamo «la luminosidad».

Mucha gente que describe la muerte cuenta que se encontró en medio de una esfera de luz, pero a mí esta descripción no me parece suficiente. Para empezar, el término «esfera» sugiere que está confinado dentro de unos límites, cuando en realidad era algo vasto e ilimitado, sin principio ni fin. Además, no era únicamente una luz... al menos como nosotros la entendemos. Se parecía al color que nosotros llamamos «blanco», sólo que un trillón de veces más blanco que el blanco más impoluto que hayas podido ver o imaginar. Era brillante, radiante y hermosamente luminoso, y por eso lo llamo «luminosidad». Tal como dice el profeta Juan en Revelaciones 21,23: «Y la ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna para que resplandezcan en ella; porque la gloria de Dios la iluminaba, y el Cordero es su luz».

Pero, además, tenía otra dimensión. También transmitía una sensación de limpieza. Era como un sentimiento de

pureza y perfección absolutas, de algo sin mácula ni grieta algunas, y el hecho de sentirme sumergida en ella me provocaba una paz y un sosiego como jamás hubiera conocido en la Tierra. Era como bañarse en amor. Era una luminosidad que no se veía, sino que se sentía. Y era algo familiar, como si lo recordarse o incluso lo reconociese.

El mejor modo de describirlo es éste: era mi hogar.

Así que, en un mero instante, me encontré en medio de aquella luminosidad ultraterrena, comprendí que no tenía cuerpo físico y cobré conciencia de mi verdadero yo: tres experiencias increíbles que tendrían que haberme alterado siquiera un poco. Pero, sin embargo, las asimilé sin darme cuenta, porque tenían todo el sentido del mundo para mí. Por muy asombrosa que fuese cualquier revelación, allí no me costaba nada aprehenderla. En el cielo no hubo nada que me inspirase confusión.

Y aquí agregó algo más: no estaba sola.



Lo que sucedió entonces fue la experiencia más profundamente milagrosa y bella que pueda imaginarse. Mi espíritu aún echa a volar con sólo recordar lo que descubrí. Dios, en su infinita sabiduría, me concedió un regalo tan glorioso y perfecto que apenas puedo escribir sobre él sin derramar lágrimas de dicha. Fue un regalo que transformó por completo todo cuanto había sucedido antes... y todo lo que vendría después.

No obstante, para comprender hasta qué punto sacudió el regalo de Dios los cimientos de mi alma, para apreciar en plenitud el poder de lo que me mostró, debes comprender

los terribles sucesos que lo precedieron. Debes conocer las razones por las que, hasta entonces, me había costado tanto creer que Dios me amaba para apreciar toda la gloria y la maravilla de lo que hizo para demostrarme que sí lo hace.